

tre, una completa implicación del propugnador en sus propios argumentos, sino sólo una defensa táctica... Es obvio que Mensa no quiere decir esto, como comprobaremos seguidamente. Pero, antes, veamos la distribución temática del índice.

Esta maciza y bien documentada monografía se estructura en dos partes, de desigual extensión: mucho más extensa la primera que la segunda. En la primera se ofrece el resumen de la polémica, se pasa revista a las obras que redactó durante el debate (no resuelve la atribución de la *Expositio Apocalypsis*, tan discutida por muchos, seguidores de Joaquim Carerras i Artau, los unos, de Josep Perarnau, los otros), y toma en consideración cinco inéditos, cuyo esquema reproduce en un amplio apéndice (pp. 327-349); ofrece, además, en bosquejo los argumentos manejados por Arnau, los contra-argumentos de los teólogos, etc. En la segunda parte, que consta de un único capítulo, ofrece una síntesis, después de tan largo estado de la cuestión, y finalmente concluye, aunque el A. insista en que no se trata de un conclusión propiamente dicha, sino sólo de un «balance». Siguen, después, el largo apéndice ya aludido, la bibliografía, muy amplia y rica, el índice de autores citados y el índice general.

Brevemente, Mensa concluye que ha quedado probada su hipótesis, tomada de Perarnau, según la cual «son instrumentales las afirmaciones profético-apocalípticas de este médico catalán, en función de una reforma que creía absolutamente necesaria» (p. 325). En segundo lugar, afirma que Arnau no era un alucinado, un loco, sino una lúcida inteligencia, que atisbaba como imposible el proyecto medieval de una sociedad cristiana. Por consiguiente, Mensa sostiene que Vilanova previó el fracaso de la «cristiandad» medieval, anunciando que ese mundo se acabaría. Curiosamente, una de las fechas por él anunciadas como el comienzo de la manifestación del Anticristo, el año 1376, coincide prácticamente con el inicio del cisma de Occidente..., que supuso muchas novedades, especialmente en el ámbito de la eclesiología y de la organización política de las naciones.

La tesis del A. aparece como muy verosímil e invita a una seria y serena reflexión. La obra, desde luego, merece leerse.

Josep Ignasi SARANYANA

**David MORGAN**, *Visual Piety: A History and Theory of Popular Religious Images*, University of California Press, Berkeley (California) 1998, 265 pp., 69 ilustraciones en b/n.

En algún rincón de su inmenso diario, Julian Green observaba que una de las grandes dificultades que encuentra el creyente cristiano es la de tener que amar a alguien que nunca ha visto. La fe no es visión, de ahí la tensión propia de la vida cristiana, el anhelo intenso de llegar a «ver» al Dios escondido. Ahí está también la raíz profunda de la asombrosa variedad de «medios visuales» que los cristianos han inventado como medio de contrarrestar la oscuridad y fragilidad de la fe y hacerla, de alguna manera, visible y firme. La piedad visual es algo que a veces asociamos más con la piedad popular, y hay mucha razón en ello, pero no hay que olvidar que el arte religioso clásico (el que uno hoy encuentra más en los museos que en los templos cristianos) es también un arte hecho con una motivación de ayuda a la

piEDAD, aunque la manera de ver una pintura religiosa en un museo sea muy distinta de la manera de ver la misma obra en una iglesia. El arte cristiano ha sido confeccionado como ayuda a la fe, es decir, para insistir en que el Dios invisible es absolutamente real y que algún día espera el creyente consumir ese deseo de visión cara a cara. El objeto de la fe es tan real como la pintura o la estatua que tenemos en frente, y el creyente que no desee esa Visión no cree de verdad. En una novela reciente de Vassily Aksyonov un capitán del ejército revolucionario bolchevique no puede contenerse y dirige su mirada como por instinto a la pared, buscando saludar al icono religioso ausente, pues le acaban de decir que su mujer ha dado luz a su primer hijo. El acto de fe cristiano es una búsqueda continua de esa visión real.

El cristianismo ha sido siempre una cultura visual, es decir, ha favorecido una piedad visual, pero nuestra actual obsesión visual ha dado auge a la investigación sobre la influencia de la imagen. Este libro de David Morgan, profesor de historia del arte en Valparaiso University (Indiana), está interesado en la estética de la vida ordinaria, en la construcción social de la realidad a través de la decoración doméstica y en la piedad popular, en particular, en imágenes populares utilizadas con una profusión a veces asombrosa en Estados Unidos tanto por protestantes como católicos, sobre todo, la famosos «retratos» de Cristo hechos por Warner Sallman a partir de 1940. Preparando el libro, Morgan pidió en anuncios impresos en periódicos y revistas religiosos que le enviaran todo tipo de comentarios sobre «La cabeza de Cristo», un óleo que Sallman pintó en 1940, y que todavía hoy se ve por todas partes. Más de quinientas personas contestaron el cuestionario, demostrando la vitalidad de la piedad visual, y Morgan las usa a lo largo del libro. Aunque los católicos han sido siempre mucho más visuales que cualquier otra, Morgan sigue en particular las expresiones de piedad protestante en Estados Unidos, y por tanto, el título de su libro hay que limitarlo de esa manera.

Las imágenes religiosas son una promesa, cumplen una misión de reasegurar y reafirmar la creyente en su fe. Pero Morgan defiende que la experiencia del creyente es tanto religiosa como estética, y muestra que la crítica meramente estética no hace justicia a la imagen sagrada. No tiene sentido rechazar (como haría cualquier crítico de arte) esas imágenes como sentimentales (a veces de mal gusto) o que parecen haber sido producidas para satisfacer el emocionalismo femenino. Tampoco el arte sagrado clásico es «el arte por el arte» sino un arte hecho con una específica intención religiosa. Los que tenemos una visión más estética de la vida a veces sufrimos con ese arte religioso, pero al juzgarlo no deberíamos olvidar que tiene una razón de ser distinta.

El creyente ve en la imagen la presencia real del sujeto (Cristo, la Virgen, los ángeles y santos). Morgan dedica capítulos a la empatía y simpatía en la historia de la piedad visual, a la masculinidad de Cristo, a la lectura de otras imágenes escondidas en el cuadro, y a la devoción doméstica. En contra de la moda crítica deconstructivista de las últimas décadas, el arte popular religioso afirma siempre que imagen y texto coinciden perfectamente. Las imágenes de Cristo son de algún modo su presencia. «Cristo es siempre un huésped en nuestra casa», escribe una persona refiriéndose a la imagen de Cristo en su hogar. Y otra, pensando en el cuadro religioso a la entrada de la casa, dice que «cuando salimos de casa, llevamos a Cristo con nosotros». La piedad visual, como muestran las respuestas al cuestionario de Morgan, no acaba con la niñez. Por otra parte, la imagen siempre está ahí, en frente, accesible, en toda su realidad, lo que tiene una importancia vital pues pronto son «realidad ordinaria» o familiar.

Estas imágenes religiosas tienen por tanto una participación fundamental en la construcción social de la realidad, no la imagen en cuanto tal, sino en la interacción con el creyente. Aunque esas imágenes hayan sido reproducidas miles de veces, el creyente no es un autómatas sino que retiene la capacidad de determinación de sí mismo. Las respuestas al cuestionario prueban que la misma imagen de Cristo es transformada por el creyente, o por la comunidad, según necesidades o expectativas en una situación u otra.

Álvaro DE SILVA

**Javier PAREDES (dir.), Maximiliano BARRIO, Domingo RAMOS-LISSÓN y Luis SUÁREZ,** *Diccionario de los Papas y Concilios*, prólogo del Cardenal Antonio María Rouco Varela, Ariel, Barcelona 1998, 736 pp.

A punto de terminar el segundo milenio de la historia de la Iglesia, parece lógico y oportuno, al hilo de la carta apostólica de Juan Pablo II, titulada *Tertio Millennio adveniente*, pasar revista al devenir de esta institución. Cristo eligió a unos continuadores de su misión en el mundo y fundó la Iglesia; la *ecclesia*, término griego latinizado, es la reunión perenne en el tiempo de quienes poseen una fe, sacramentos y normas morales comunes, bajo la guía del mismo pastor, el papa. La Iglesia debe ser ante el mundo la manifestación visible del Reino de Dios; es santa considerada en sí misma y por la vida ejemplar de algunos de sus miembros, pero llamada a la penitencia por las limitaciones y errores de los bautizados. Además, ha sufrido, a lo largo de su historia, escisiones, cismas y defecciones contra la voluntad de su Fundador, expresada en la imagen alegórica de un solo rebaño y un solo pastor, de la «túnica inconsútil», de la cepa y los sarmientos, del cuerpo místico, etc.

La Iglesia católica está dotada de unas autoridades instituidas por el mismo Cristo (papa, obispos, presbíteros) y de otras nacidas de las necesidades funcionales posteriores, como los concilios y los sínodos. De todo ello se ocupa este volumen, sin olvidar que la autoridad y el magisterio constituyen un servicio para todos los bautizados.

Este *Diccionario* tiene cinco apartados diferenciados y complementarios. Una primera parte dedicada a los papas de las épocas antigua y medieval, de la que se ocupa Luis Suárez Fernández, catedrático emérito de la Universidad Autónoma de Madrid. Una segunda dedicada a los siglos del período moderno, escrita por Maximiliano Barrio, profesor de Historia Moderna de la Universidad de Valladolid y miembro del Instituto Español de Historia Eclesiástica de Roma. De la tercera, centrada en la época contemporánea, es responsable Javier Paredes, Profesor titular de Historia Contemporánea en la Universidad de Alcalá de Henares. El autor de la cuarta es Domingo Ramos-Lissón, Ordinario de Historia de la Iglesia Antigua y Patrología de la Universidad de Navarra, y en ella se describen los concilios ecuménicos. Cabría añadir una quinta, que contiene una serie de utilísimos índices de personas y de conceptos, que hacen muy manejable todo el ingente conjunto de datos que contiene el libro. Por lo bien trabajados que están estos índices conviene mencionarlos, a ellos y a su autora: Rosa Pichel.